

## La Civilización Cristiana y La Religión Hereditaria

---

Por Rev. Andrew Sandlin

---

### La Civilización Cristiana y el Evangelismo Moderno

¿Por qué es que, a pesar de la explosiva expansión misionera del siglo diecinueve y el monumental éxito evangelístico del veinte, el mundo en general y la civilización Occidental en particular se ha hecho evidentemente más secular durante este mismo período? Los modernos historiadores de la iglesia reconocen correctamente al siglo diecinueve como “La Gran Era Misionera” y al siglo veinte como “La Gran Edad de las Cruzadas” – comenzando con los esfuerzos caseros y de principios de siglo de D. L. Moody e Ira Sankey, a los desenfrenados avivamientos de Billy Sunday y las misiones de estadios llenos con Billy Graham. No obstante, precisamente durante esta misma era, Occidente se ha vuelto incesantemente más secular. Los habilidosos en lógica nos recordarán que cometemos la falacia causal si argumentamos que un evento precedente “causa” a uno que sigue a menos que podamos demostrar una relación genuina de causa y efecto; sin embargo, que tales éxitos evangelísticos presumiblemente abrumadores coincidan con tal evidente apostasía y secularización llevará al pensador Cristiano a concluir que algo respecto a este fenómeno histórico coincidente se encuentra plenamente equivocado.

Harold O. Brown efectivamente se acerca a los límites de la respuesta cuando declara con respecto al evangelismo de Billy Graham en el siglo veinte: “El problema no es que la gente no vaya a escuchar a un evangelista como Graham. Grandes multitudes de ellos lo escuchan de buena gana. Ni siquiera es que no vayan a responder. Cantidades sustanciales lo hacen. Es que aún cuando hayan escuchado, y aún cuando hayan respondido, puede que aún no entiendan. En muchos casos no pueden entender, porque aún cuando cambien sus lealtades formales, y acepten el lenguaje del evangelismo, o el de la espiritualidad Católica, aún siguen siendo prisioneros de la cultura total. En lugar de ser transformados por el Evangelio y liberados de la tiranía de su entorno, transforman el Evangelio de manera que diga la misma cosa que la cultura total.”<sup>1</sup> En pocas palabras, la cultura secular moldea el entendimiento del evangelio; el evangelio ya no moldea el entendimiento del evangelio.

Debido a que la cultura moderna se ha alienado tanto de la civilización de la Europa Cristiana (trasplantada a los Americanos en el siglo dieciséis), el hombre moderno carece de un punto de contacto que le oriente hacia la religión Cristiana. Esto no quiere decir, claro, que el hombre inconverso aislado de la civilización Cristiana no pueda tener acceso a Dios; todos los hombres conocen a Dios de manera inevitable.<sup>2</sup> Sin embargo, los hombres aislados de la civilización Cristiana y de la cultura Cristiana no se hallan únicamente perdidos; carecen de cualquier barómetro por el cual medir su condición perdida. Hasta las primeras décadas de este siglo, por ejemplo, incluso el hombre inconverso podía medir su condición perdida por el estándar bastante estable de al menos un residuo de la civilización

---

<sup>1</sup> Harold O. Brown, *La Protesta de un Protestante Inquieto* (New Rochelle, NY, 1969), 206, énfasis en el original.

<sup>2</sup> Cornelius Van Til, *La Defensa de la Fe* (Phillipsburg, NJ, edición de 1967), 151-155.

Cristiana que le rodeaba. Aunque no era Cristiano, sabía lo que significaba ser un Cristiano. El orden de la sociedad Occidental, aunque habiendo abandonado en su mayor parte al Cristianismo confesional, contenía los vestigios de la ley Cristiana, la moralidad Cristiana y la conciencia Cristiana. De esta manera, el Cristianismo histórico retenía un bastión en la cultura que le impedía precipitarse hacia el hedonismo y el paganismo.

El punto no es meramente señalar que mucho del evangelismo moderno, incluyendo al de Billy Graham, es defectuoso (y ciertamente lo es). El punto es que la cultura en sí se ha desviado tanto de cualquier cosa que recuerde el dique Cristiano que, a menos que el evangelio mismo sea declarado con un interés consciente de fidelidad precisa al Cristianismo Bíblico y a la ortodoxia histórica, corre el riesgo de ser interpretado como poco más que una de entre las muchas otras panaceas mundanas existenciales para el moderno hombre narcisista. Esta es una descripción precisa del “evangelio” predicado en la iglesia moderna. Romanos 1:16 describe el evangelio de Jesucristo como “el poder de Dios para salvación.” Como Lloyd-Jones sugiere, el significado de esta expresión no es que el evangelio es poderoso, sino que el evangelio mismo es el poder.<sup>3</sup> El evangelio constituye el poder de Dios por el cual los hombres son convertidos.

Sin embargo, el evangelio moderno ha llegado a ser cada vez más un evangelio empotrado en la cultura; ha hecho las paces con la cultura secular que le rodea y por lo tanto ha perdido el poder inherente del evangelio genuino para convertir a los hombres en las profundidades de su ser. A. W. Toser describe este contraste como la diferencia entre la antigua y la nueva cruz.<sup>4</sup> El evangelio es las buenas nuevas de salvación para aquellos que creen, pero es igualmente una acusación contra el hombre pecaminoso cuya trasgresión de la ley escrita de Dios provoca Su ira.<sup>5</sup> Es por esta razón que San Pablo declaró categóricamente que su mensaje era un sabor de vida para vida y de muerte para muerte. El evangelio no es solamente un mensaje de esperanza; es un mensaje de juicio (Rom. 9:32-33; 1 Cor. 1:18-19; 2 Cor. 2:15-16). Son las buenas nuevas de salvación para aquellos que creen; pero lo que son buenas noticias para aquellos que creen son malas noticias para aquellos que no creen. San Pablo declara que los Cristianos son embajadores para los no creyentes, declarando el mensaje de reconciliación a aquellos que van a confiar en él y que se someterán al Señor Jesucristo (2 Cor. 5:18-20). Esto se halla en agudo contraste con el evangelio moderno, que mantiene cómodo al hombre pecaminoso en su propia autonomía. Rousas John Rushdoony acusa fuertemente a ese evangelio moderno:

El evangelismo moderno es una técnica de ventas: es también una blasfemia. Utiliza todos los métodos de las ventas modernas para apelar al comprador, a quien se le dice que necesita a Cristo y como su vida será más feliz y más rica con su decisión de “comprar” a Cristo. En las reuniones de testimonio los embusteros hacen desfilar su nueva mercancía y declaran que, puesto que aceptaron a Cristo, todos sus problemas se han acabado y sus vidas están llenas de gozo y paz, y así sucesivamente. San Pablo no podría haber dicho que sus problemas se habían acabado cuando “aceptó” a Cristo o que la vida de allí en adelante

---

3 Martyn Lloyd-Jones, *Romanos: El Evangelio de Dios* (Grand Rapids, 1985), 281-286.

4 A. W. Tozer, “La Antigua Cruz y la Nueva Cruz,” en *Lo Mejor de A. W. Tozer* (Harrisburg, PA, 1981), 175-178.

5 Robert S. Rayburn, “El Contraste Entre los Pactos Antiguo y Nuevo en el Nuevo Testamento,” tesis doctoral, Universidad de Aberdeen, 1978, 146, n. 147.

se ubicó en un “plano superior” y más dulce. A la gente se le pregunta, “¿Es su vida monótona y vacía? ¿Cree que en la vida hay algo más que platos sucios, fiestas y hemorroides? Entonces compre a Cristo. Venga al frente, y firme una tarjeta de decisión, y arregle el asunto del tiempo y la eternidad con su decisión. ¡Venga ahora!” Así va el tono de la venta.

El verdadero evangelismo es más como una orden judicial de arresto por una ofensa que ha de ser pagada con la muerte, con la posibilidad de perdón para el culpable. El verdadero evangelismo no vende: señala y acusa, y aquellos que se someten a la acusación también se someten a la gracia salvadora de Dios. Así, aceptar la acusación es admitir la justicia de la pena de muerte en nuestra contra y al mismo tiempo aceptar la gracia soberana de Dios quien nos da gracia tanto para recibir Su justificación (la orden judicial) de muerte como Su perdón y entonces aceptar gozosamente nuestro llamado hacia su servicio. Somos bautizados y llegamos a ser ciudadanos de una comunidad, el Reino de Dios, miembros de Su Iglesia, obreros en todas las áreas de nuestra vida en términos de la ley de Dios y, en todas las cosas, siervos o esclavos de Cristo, en cuya voluntad se halla nuestra voluntad.<sup>6</sup>

Es este mensaje, el que cuando es acompañado por el poder irresistible del Espíritu Santo, reorienta al hombre hasta la misma médula de su ser. Traslada a los hombres del reino de las tinieblas al reino del amado Hijo de Dios (Col. 1:13). Crea un hombre nuevo en Cristo, las cosas viejas pasan (2 Cor. 5:17). El evangelio no está diseñado para hacer que los hombres se sientan cómodos consigo mismos, sino incómodos con todo excepto con la fe y la sumisión al Dios Trino y a su palabra infalible, la Biblia. Aquellos reorientados por el evangelio emprenden la reorientación de cada uno de los aspectos de sus vidas en términos de la Biblia. Para el reorientado, es decir, el verdaderamente convertido, no existe separación entre la fe Cristiana y la vida Cristiana. El Cristiano consistente aplica el Cristianismo de manera consistente y exhaustiva a todas las áreas de la vida; esto significa que aplica la Biblia de manera consistente y exhaustiva a todas las áreas de la vida. Pero no lleva a cabo esta aplicación exhaustiva de manera individualista. El objetivo del hombre Cristiano es el Cristianismo en todas partes – es decir, la civilización Cristiana. El grave error del evangelio moderno no es solamente que está comprometido,\* sino que es atomista – visiona solamente al hombre cambiado, y no a la sociedad cambiada y a la civilización cambiada.

### **La Civilización Cristiana y el Evangelismo Hereditario**

Esta nueva idea del evangelismo contrasta agudamente con las primeras nociones del efecto del evangelio. Christopher Dawson contrasta “el nuevo tipo voluntario del Cristianismo misionero... con el patrón tradicional Europeo de la cultura Cristiana hereditaria...”:

La gran expansión misionera del siglo diecinueve se basaba, por todas partes, en el principio de la conversión individual, y esto es igualmente cierto del desarrollo interno de la religión en Occidente, que, como vemos en todos los documentos religiosos más característicos del período, se distinguía por un enfoque psicológico introspectivo y por una

---

<sup>6</sup> Rousas John Rushdoony, *La Salvación y la Norma Piadosa* (Vallecito, CA, 1983), 448.

\* En el sentido de acomodarse, de aceptar arreglos de “medias tintas,” llegando así a comprometer la sustancia de la Fe. (N. del T.)

visión intensamente personal de la conversión y la salvación. Existe un contraste fundamental entre este enfoque y la forma de expresión colectiva o comunal [i.e., pactal] que había dominado el mundo Cristiano por casi mil años. La Cristiandad Occidental no fue edificada por el método de las conversiones individuales. Era un estilo de vida que la aceptaba como un todo a menudo por la decisión de sus gobernantes y que, cuando era aceptado, afectaba la totalidad de la vida de la sociedad por el cambio de sus instituciones y leyes. Es fácil condenar este tipo de Cristianismo colectivo como superficial, externo o sub-cristiano, pero al menos significa que el Cristianismo es aceptado como un hecho social que afecta cada lado de la vida y no meramente como una opinión, o la actividad de un grupo especializado o incluso como un pasatiempo... Además, se puede muy bien afirmar que las iglesias misioneras de la Edad Oscura produjeron una cosecha más rica incluso en la esfera de la cultura del que pueda mostrar cualquier movimiento misionero moderno. Hay poco en el nuevo Cristianismo no occidental que pueda compararse con Bede y Bonifacio, con el arte religioso de Northumbria o con la nueva literatura vernácula Cristiana. Del caso de la Inglaterra Anglo-Sajona, la conversión en masa del pueblo significó el renacimiento de la cultura, mientras que, con demasiada frecuencia el moderno sistema de conversión individual y competitivo ha implicado la desintegración sistemática de la cultura nativa.<sup>7</sup>

Dawson revela un hecho sorprendente y trascendental: la clase de evangelismo individualista tan prominente en los últimos dos siglos, y particularmente en los últimos 50 años, no produce una civilización Cristiana. Otra manera de decir esto es que si hemos de restaurar la civilización Cristiana, debemos abandonar el evangelismo individualista y retornar a algo más cercano a la primera forma de evangelismo que produjo la civilización Cristiana. Hay un nombre para este tipo de evangelismo colectivo: se llama evangelismo pactal, y es el único evangelismo que puede sustentar la civilización Cristiana. Dawson deja entrever un aspecto crucial del significado del evangelismo pactal cuando se refiere al evangelismo “comunal.” En términos sumamente simples, esto quiere decir que la Fe Cristiana es transmitida, o pasada de generación en generación, y no descansa primordialmente en el proselitismo.

La mejor manera de bosquejar este contraste es pensar en el evangelismo practicado en la mayoría de las modernas iglesias “conservadoras.” Este es el evangelismo por proselitismo; el principal mecanismo para el crecimiento de la iglesia y la transmisión de la Fe es traer adultos prosélitos a la Fe. Este fue el mecanismo de las grandes empresas misioneras del siglo diecinueve, y ha sido el de los métodos conocidos como cruzadas de evangelismo y “crecimiento de la iglesia” en tiempos más recientes. También contribuye virtualmente con nada a la civilización Cristiana y en algunos casos la socava. No puede nunca ser exitoso ya sea estableciendo o manteniendo la civilización Cristiana, simplemente porque está obligado a comenzar otra vez en cada nueva generación. Esta aseveración requiere una explicación.

Cuando un individuo se convierte en sus años medios, Dios inicia la gran obra de la santificación. Cuando la Biblia enseña que para el regenerado “todas las cosas son hechas nuevas” (2 Cor. 5:17), no quiere dar a entender que el individuo no porte el residuo del razonamiento, la rebelión y los efectos de su vida pecaminosa. Una obra primordial de la iglesia, por ejemplo, es ayudarle a este individuo en su santificación – en términos simples,

---

<sup>7</sup> Christopher Dawson, *El Movimiento de la Revolución Mundial* (Londres, 1959), 77, 79-80.

a depurarse progresivamente de su pecaminosidad. Los hijos del pacto, es decir, aquellos que son criados en la Fe desde la infancia, nacen pecadores no menos que cualquiera; sin embargo, debido a que su regeneración ocurre de manera ordinaria en una edad tan joven, no portan la magnitud de los efectos del pecado que plagan a los adultos prosélitos. Además, de manera ordinaria disfrutan de muchos más años en los cuales desarrollar su santificación. Cuando a su vez, ellos mismos se casan con la Fe, tienen hijos, les entrenan en la Fe, y entrenan a sus hijos para que entrenen a sus hijos en la Fe, entonces son capaces, por la gracia de Dios, de superar progresivamente los efectos del pecado. Nadie puede vivir una vida impecable; sin embargo, para aquellos entrenados en la Fe desde su infancia el Cristianismo es un fenómeno mucho más “natural.” Por tanto, el Cristianismo por herencia pactal se beneficia de un efecto acumulativo de obediencia y sus recompensas. No es necesario asumir la laboriosa tarea de comenzar una vez más cada generación, podemos comenzar donde quedaron nuestros predecesores inmediatos. De esta manera puede haber un progreso real en la civilización.<sup>8</sup>

Esta es una gloriosa recompensa del evangelismo pactal (vea también el capítulo 6). El pacto es central en el peregrinaje terrenal del hombre. Como declara la Confesión de Westminster, el pacto es el medio de Dios para tratar con el hombre:

La distancia entre Dios y la criatura es tan grande, que aún cuando las criaturas racionales le deben obediencia en cuanto Creador, no podrán tener disfrute de Él como bienaventuranza o galardón, a no ser por una condescendencia voluntaria por parte de Dios, habiéndole placido a Él expresarla por medio de pacto.<sup>9</sup>

Aunque el pacto entre Dios y el hombre operaba desde la creación del hombre (Rom. 5:12-21) y la promesa divina lo hace desde después del diluvio universal (Gén. 9:1-17), se pone especialmente al frente en el llamado de Dios de un pueblo específico para su nombre – el Israel étnico y todos los Gentiles unidos a ese cuerpo. Este es llamado el “pacto de gracia.”<sup>10</sup> Vemos esta idea del pacto resumida en Génesis 17 en la ratificación del pacto con Abraham. Un pacto es un acuerdo sagrado, asegura con juramento, y a menudo por medio de un juramento sangriento.<sup>11</sup> Reconocemos estos elementos en la institución del pacto Abrahámico. Pero existe otro factor. Los pactos obligan a los sucesores; son promesas y acuerdos multi-generacionales.<sup>12</sup> Esto es una gran parte de lo que trataba la circuncisión en la administración Judía del Antiguo Testamento. Los hijos de los padres en el pacto están obligados por el pacto para con el Dios de sus padres. Están sujetos a las mismas estipulaciones, y a las mismas bendiciones y maldiciones del pacto. Una de las promesas supremas del pacto a Abraham fue que su simiente “poseería las puertas” de sus enemigos (Gén. 22:17). “Poseer las puertas” denota victoria sobre los enemigos de uno y su subordinación.<sup>13</sup> Sin duda esto era especialmente confortante para Abraham puesto que el suyo era un pequeño clan en medio de tribus y naciones grandes y feroces en Canaán. Dios cumplió su promesa dándole a su simiente la tierra de Canaán y subordinando a los

---

8 John Baillie, *La Creencia en el Progreso* (Nueva York, 1951), y Gary North, *Dominio y Gracia Común* (Tyler, TX, 1987).

9 Confesión de Fe de Westminster, (Glasgow [1646], 1976), Cap. VII, Sec. 1 (41).

10 Louis Berkhof, *Teología Sistemática* (Grand Rapids, edición de 1941), 272-289.

11 O. Palmer Robertson, *El Cristo de los Pactos* (Phillipsburg, NJ, 1980), 3-15.

12 *ibid.*, 35-41.

13 H. C. Leupold, *Exposición del Génesis* (Grand Rapids, 1942), 2:635.

Cananitas bajo Israel como el pueblo de Dios. Pero, puesto que la Biblia en su totalidad es el libro de un nuevo pacto,<sup>14</sup> cuando leemos el Nuevo Testamento, descubrimos que la Simiente principal a Quien el Antiguo Testamento se refería era Cristo mismo. Este es el mensaje de Gálatas 3. Cristo y todos los unidos a Él por la fe son la verdadera simiente de Abraham. La simiente no está limitada a los Judíos étnicos (así como no lo estaba en la era del Antiguo Testamento), sino que incluye a todo el pueblo de Dios de cualquier raza. A todos ellos les es concedida la promesa pactal dada a Abraham, incluyendo la promesa pactal de que su simiente física heredará la tierra (Rom. 4:13).

El pacto Adánico de desobediencia (al que posteriormente se hace referencia como el “antiguo” pacto<sup>15</sup>) es la relación pactal de auto-justicia y rebelión contra Dios. Todos los redimidos, en contraste, se hallan de lleno en el pacto de gracia (incluyendo el pacto Abrahámico y el nuevo pacto, las gloriosas promesas de salvación por la sangre de Cristo, únicamente por los méritos de Cristo, y hecho propio solo por la fe). En otras palabras, nadie se encuentra fuera de una relación pactal para con Dios. Todos los hombres se hallan ya sea en el pacto de Adán o en el pacto de Cristo (Rom. 5:11-21). El hombre no puede evadir esta obligación pactal ni las bendiciones pactales por la obediencia ni la maldición pactal por la desobediencia.<sup>16</sup>

### **El Pacto y la Civilización Cristiana**

Es este mecanismo pactal el que debe subyacer en cualquier intento por recuperar y mantener la civilización Cristiana. La civilización Cristiana de las eras medieval y de la Reforma estaba lejos de ser perfecta; no obstante, como Dawson señala, fue posible porque “era un estilo de vida que la aceptaba como un todo.” Es decir, la civilización Cristiana no era el resultado agregado de muchas elecciones individuales, sino el efecto de una decisión consciente por parte de toda una civilización. Dawson contrasta esta perspectiva “comunal” (i.e., pactal) con el evangelismo individualista de tiempos más recientes, “un enfoque psicológico introspectivo y una visión intensamente personal de la conversión y de la salvación.”

El evangelismo moderno anuncia con bombos y platillos los beneficios personales y psicológicos de la salvación. Está hecho para una era centrada en el hombre y a menudo narcisista. Cuando los hombres ven la salvación, en términos de Rushdoony, como un “seguro contra incendios,” cuando perciben que el fin de la salvación es la realización de sus aspiraciones personales y la solución de sus problemas personales, destruyen la amplia y potente operación cultural, y a largo plazo, del evangelio. No se dan cuenta que la salvación del hombre no es el fin de la obra de Dios en el mundo, sino solo el medio hacia un fin. El fin es restaurar al hombre a su lugar de servicio de dominio bajo la autoridad divina frustrado por el pecado en el Huerto de Edén.<sup>17</sup> El objetivo de Dios para el hombre al crearle y colocarle sobre la tierra era que el hombre fuese “fructífero y se multiplicara; que llenara la tierra y la sojuzgara, y señoreara en los peces del mar, en las aves de los cielos, y

---

14 Joseph Braswell, “*Interpretando la Profecía: El Principio Canónico*,” Reporte Calcedonia, Julio, 1997, 26.

15 Rayburn, *passim*.

16 Ray R. Sutton, *Para Que Puedas Prosperar* (Tyler, TX, 1987), 77-95.

17 Andrew Sandlin, *El Reinado del Justo: La Teología del Dominio Piadoso* (Vallecito, CA, 1998).

en todas las bestias que se mueven sobre la tierra” (Gén. 1:28). El hombre y la mujer son comisionados por Dios para tener hijos y “llenar” de ese modo (pueblen) la tierra. Esta población humana de la tierra pesará sobre el hombre indicándole su tarea divinamente escogida de “sojuzgar” la tierra y “tener dominio” sobre la creación. Aunque el hombre cayó en el pecado, no abandonó su tarea de llenar la tierra y ejercer dominio en ella. Después que Dios hubo destruido la tierra con un diluvio Él reiteró a Noé la comisión del hombre (Gén. 9:1s.). En Génesis 11 leemos de la confusión que Dios produjo en el lenguaje del hombre porque este estaba desobedeciendo el mandamiento de Dios de llenar la tierra y ejercer dominio. El hombre quería localizar y centralizar la civilización. Este no era el plan de Dios. El plan de Dios para el hombre era que éste se extendiese sobre la faz de la tierra, la poblara y ejerciera dominio sobre la creación. Este es el llamado divino del hombre en la tierra. Es así como el hombre trae gloria a Dios. Todos los pensamientos, palabras y acciones del hombre debiesen contribuir a este gran objetivo. Cuando lo hacen Dios usa al hombre para producir la civilización Cristiana.

Esta es la razón por la cual una gran cantidad del así llamado “avivamiento” no es ningún instrumento esencial de la civilización Cristiana y la razón por la cual, en muchos casos, en realidad impide la civilización Cristiana. El avivamiento, al menos en los últimos 200 años, ha estado identificado con el tipo de evangelismo individualista que apela a las necesidades psicológicas (o necesidades psicológicas percibidas) del hombre, o con el tipo de enseñanza que urge a los Cristianos a una mayor dedicación pietista hacia Jesucristo, cuyos contornos se centran en un mayor compromiso a la santidad personal, fidelidad en la asistencia a la iglesia, dedicación a la familia, y así sucesivamente. El avivamiento, aún cuando reconoció la dimensión social de la Fe Cristiana,<sup>18</sup> no imaginaba que la meta del evangelismo es la reinstalación de un Cristianismo ortodoxo global,<sup>19</sup> o la reforma y la reorientación completa del hombre y su restauración como vicegerente de Dios en la tierra. Para el tiempo de los grandes avivamientos Europeo y Americano, mucho de la civilización Cristiana de los 1200 años engendrados por el Convenio Constantino ya se había erosionado, y los avivamientos estaban simplemente tratando de inspirar un renovado compromiso individual y eclesial hacia Jesucristo entre una población atraída por la cada vez mayor centralidad en el hombre de los siglos dieciocho y diecinueve. Irónicamente, el antropocentrismo irreligioso de las eras del Iluminismo fue sustituido por el movimiento de avivamientos con el antropocentrismo religioso del Arminianismo;<sup>20</sup> los avivamientos simplemente ofrecieron una versión aparentemente Cristianizada del individualismo del *ethos* imperante. Por lo tanto, los avivamientos dejaron al hombre sintiéndose cómodo en su propia autonomía, sin conciencia y sin interés de la meta real del evangelismo – la restauración del hombre como el mayordomo de la tierra a nombre de Dios y el agente de la civilización Cristiana. En lugar de eso, como Douglas Frank observa, los Cristianos adoptaron el avivamentismo de Billy Sunday, el dispensacionalismo Darbysta, y la Profundidad de Vida de Keswick, mecanismos todos para racionalizar el fracaso de la hegemonía social piadosa.<sup>21</sup> El avivamentismo abarata la civilización Cristiana, y a menudo es una racionalización para explicar la ausencia de la civilización Cristiana.

---

18 Timothy L. Smith, *El Avivamiento y la Reforma Social* (Nueva York y Nashville, 1957).

19 Harold O. J. Brown, *Herejías* (Garden City, NY, 1984), 428.

20 D. W. Bebbington, “*El Cristianismo Evangélico y el Iluminismo*,” Cruz, Vol. 25, No. 4 [Diciembre 1989], 34.

21 Douglas Frank, *Menos que Vencedores* (Grand Rapids, 1986).

## **Restaurando la Civilización del Pacto**



Los Cristianos viven hoy en las agonías de esta racionalización de la privación cultural, y la única cura es la recuperación del entendimiento y práctica de la civilización del pacto, sin la cual la civilización Cristiana multigeneracional simplemente no es posible. ¿Cómo hacemos esto?

Primero, los Cristianos debemos revivir la religión hereditaria. La religión pactal es religión hereditaria. El pactismo es el distintivo principal de la teología Reformada,<sup>22</sup> pero ningún sector de la iglesia puede esperar ninguna contribución multigeneracional para reestablecer la civilización Cristiana si desestima la teología del pacto. En particular, los Cristianos deben reconocer que su primer campo de misión es su familia en el hogar, no los paganos al otro lado del globo. Esos paganos también necesitan escuchar el evangelio y llegar a ser discípulos (Sal. 2:7; Mat. 28:18-20). Sin embargo, si descuidamos el campo de misión de las propias familias, pronto descubriremos que la tarea de evangelizar y discipular a los paganos del otro lado del globo es imposible, porque un programa global de evangelismo y discipulado que espera el éxito multigeneracional no puede ocurrir excepto en el contexto de la civilización del pacto; y la civilización del pacto comienza con la religión hereditaria (Gén. 1:27-28; Hch. 2:38-39). Por lo tanto, los Cristianos debiesen tratar a sus hijos como un don de Dios (Sal. 127:3), su propiedad (Eze. 16:8-21), y entre los elegidos (Gén. 17:7; cf. Deut. 10:15-16). Algunos se refieren a este entendimiento como la regeneración presunta; es preferible el término elección presunta. Si hemos de tomar seriamente las promesas del pacto, debemos tomar en serio las promesas de la simiente del pacto. Esto quiere decir que no tratamos a los hijos del pacto como paganos, con necesidad de experiencias de conversión. Les instruimos en la Fe, incluyendo el evangelio, desde su infancia (2 Tim. 3:15), confiando en Dios en que regenerará sus corazones. Les entrenamos en los caminos del Señor, es decir, los caminos del pacto. Eso es la responsabilidad paterna. El regenerar a los hijos del pacto es la obra soberana de Dios. Los padres Cristianos no tienen parte en esa labor (Jn. 1:12-13; 3:8). Debemos entender que el entrenamiento del niño se halla anclado en las promesas del pacto, no en la experiencia del niño. Hasta que tengamos una evidencia objetiva de lo contrario, presumimos que nuestros hijos están entre los elegidos del pacto, y les tratamos como tales. “Abraham no había creído solo para sí mismo,” observa Andrew Murray, “sino para su hijo; como padre había creído y recibido al niño en fe de parte de Dios; la señal de la circuncisión en el niño era el sello para el niño de la fe del padre. Dios trató con el padre y con el niño como uno; el padre creyó para sí mismo y para el niño como uno; el hijo tenía el mismo lugar en el pacto, y el mismo derecho en el sello del pacto, como el padre...”<sup>23</sup>

Los padres Cristianos no intentan entrometerse en los decretos electivos eternos de Dios; se adhieren fielmente al pacto y dejan que la elección se ocupe de sí misma. En otras palabras, tratan a los hijos Cristianos como hijos Cristianos. Esta religión hereditaria es el fundamento práctico de la civilización Cristiana, porque crea todo un segmento de la población que puede dedicar virtualmente la totalidad de su vida a reorientarse él mismo y a su cultura en términos de la Biblia. No solo eso, sino que si son entrenados apropiadamente ellos entonces entrenarán a sus hijos a entrenar a sus hijos a perpetuar la Fe Cristiana y la

---

22 William Klempa, “El Concepto del Pacto en la Teología Reformada Continental y Británica en los Siglos Dieciséis y Diecisiete,” en ed. Donald K McKim, *Temas Importantes en la Tradición Reformada* (Grand Rapids, 1992), 94-107.

23 Andrew Murray, *Cómo Criar a Tus Hijos para Cristo* (Minneapolis, 1975), 42, énfasis añadido.

civilización Cristiana. Cada subsiguiente generación, parada sobre los hombros de la generación previa, sobrepasará, por la gracia de Dios, los logros piadosos de sus predecesores y progresivamente alineará la civilización a los requerimientos de las Santas Escrituras. Esta religión hereditaria preserva y perpetúa la civilización Cristiana.

Además, el proselitismo de los Cristianos y de la iglesia debe ser pactal y hereditario. Al confrontar una situación misionera, la iglesia debe esforzarse, como los Cristianos en el Imperio Romano, tal y como se expresa en el Libro de los Hechos, por convertir familias completas (Hch. 2:38-39; 11:13-14; 16:14-15, 30-31; 18:8), ¡incluyendo la familia del César (Fil. 4:22)!

El objetivo de Dios es llamar a nuevos Abrahames de entre las naciones paganas y establecer el pacto con ellos y, por ende, con su simiente. Este es el mecanismo pactal de la religión hereditaria, y el ancla práctica de la civilización Cristiana. La estrategia evangelística de la iglesia debiese reflejar un compromiso con esta religión hereditaria: evangelizar a las familias como familias, no a los individuos como individuos. Desde allí, la iglesia debe trabajar para ganar a las familias extendidas, municipios (dándole finalmente un significado sustantivo al término “iglesia local”), unidades sociales más grandes, y finalmente incluso naciones. Esto es exactamente lo que requiere Mateo 28:18-20.<sup>24</sup> La iglesia debe evangelizar pueblos y naciones enteras (esto explica la persistencia de la civilización Cristiana medieval).

Segundo, los Cristianos deben recuperar la práctica de la religión comunal. La religión pactal es religión comunal. El pacto, como un acto lleno de gracia por parte de Dios, no abarca a los individuos como individuos, sino familias como familias, iglesias como iglesias, y naciones como naciones. El pacto de Dios con Adán (lo mismo que con el Segundo Adán, Jesucristo) implicaba su simiente (Rom. 5:12-21). El mensaje de Dios a las iglesias no se dirige a individuos como tales, sino a la iglesia colectivamente, y sus recompensas eclesiásticas por la obediencia y el juicio por la desobediencia son implementadas colectivamente (Apoc. 2-3). “Colectivamente” y “corporativamente” significan, “pactalmente.” Del mismo modo Dios trata con las naciones como entidades pactales (Sal. 33:12; Sal. 9:17), no excluyendo ni a los malos cuando bendice a las naciones justas, ni a los justos cuando juzga a las naciones malvadas. La religión del pacto quiere decir que los individuos que componen familias, iglesias y naciones permanecen unidos dentro de esos organismos e instituciones pactales bajo la autoridad divina. Recuperar la religión comunal es primero empapar a comunidades pactales enteras – familias, iglesias, naciones – con su responsabilidad para con el Dios Trino y soberano, con el Cristianismo histórico, con la ley Bíblica, y con la fidelidad al pacto. Además, los Cristianos deben trabajar para asegurarse que todos los gobiernos terrenales se subordinen a la palabra escrita de Dios: el gobierno familiar, el gobierno de la iglesia, el gobierno escolar, el gobierno vocacional, el gobierno de los negocios y el gobierno civil.<sup>25</sup> Cuando los Cristianos hacen esto, simultáneamente depuran los elementos individualistas (i.e., no pactales y anti-pactales) de la vida moderna. Los hombres ya no ven su existencia como una existencia autónoma respecto a Dios y su hermano, sino como de sumisión a Dios y de responsabilidad (aunque no de sumisión ciega) para con

---

24 Kenneth Gentry, *La Grandeza de la Gran Comisión* (Tyler, TX, 1990), 97-104.

25 Rousas John Rushdoony, *La Política de la Culpa y la Lástima* (Fairfax, VA [1970], 1978), 331-343.

sus hermanos. Al obedecer el primer gran mandamiento de amar a Dios con la totalidad de su ser, observan el segundo: amar a sus prójimos como a ellos mismos (Mat. 22:36-40). Esta práctica de la solidaridad pactal subyace a la civilización Cristiana.

Tercero, los Cristianos debemos recuperar una religión global. La religión pactal es religión global. La Biblia no enseña que la Fe Cristiana sea ajena a ciertas áreas de la vida que no sean abiertamente religiosas, como la economía, la medicina y la tecnología. Antes bien, afirma que en cualquier cosa que hagamos, hemos de glorificar a Dios (I Cor. 10:31). Pero, ¿glorificamos a Dios en nuestra calidad de médicos, maestros, o como operadores de carretillas elevadoras, o como programadores de *software*, si no comenzamos a partir de presuposiciones Cristianas, es decir, Bíblicas? No lo hacemos. La Biblia es la fuente infalible de todo el conocimiento del hombre. Es verdad que Dios se revela de manera inequívoca en la naturaleza. Pero el hombre pecaminoso malinterpreta la naturaleza en armonía con sus propias presuposiciones pecaminosas.<sup>26</sup> De cualquier manera, incluso antes que el pecado entrara en el mundo, el hombre estaba sujeto no solo a la revelación natural, sino también a la revelación proposicional.<sup>27</sup> La única fuente segura de conocimiento infalible a la que el hombre puede apelar es a la Biblia. Debido a esto, no hay campos de la vida para las cuales la Biblia no sea la autoridad final y el punto de partida para todo el conocimiento. Esto es tan cierto con respecto a las matemáticas y la física como lo es de la oración y la teología sistemática. Esto no significa, claro, que la Biblia provea detalles particulares respecto a la física. Si tal fuera el caso, el hombre tendría poco trabajo que hacer; simplemente necesitaría leer y estudiar su Biblia. Dios le ha dado al hombre en la Biblia el fundamento para todo el conocimiento en todos los campos, y el hombre ha de usar ese conocimiento para desarrollar sin cesar las implicaciones en su propia vida y pensamiento.

Debido a que la autoridad pactal de Dios se extiende sobre la totalidad de la vida del hombre, la responsabilidad pactal del hombre se extiende sobre la totalidad de su vida. El perfil de la responsabilidad pactal del hombre se revela de manera infalible en la revelación verbal de Dios, la Biblia. La Biblia es la fuente exclusiva infalible de todo el conocimiento del hombre. Si el hombre ha de erigir la civilización Cristiana esta debe fundamentarse en la revelación de la Biblia. Todas las áreas de la civilización Cristiana deben arraigarse en la civilización Bíblica, es decir, la adherencia a la enseñanza Bíblica sobre este tópico y sobre todos los tópicos.

Pero la civilización Cristiana es global en otro sentido. Transmite toda una religión de generación en generación. Es tanto la plenitud de la Biblia como la plenitud de la Fe las que deben ser transmitidas y preservadas. Por esta razón no es suficiente enseñarles a los hijos del pacto y a los adultos convertidos versículos de la Biblia y el catecismo, aunque este es el principio. La religión Cristiana no puede reducirse a un “doctrinalismo,”<sup>28</sup> un conjunto de proposiciones teológicas. Nuestra Fe ciertamente se fundamenta en la verdad de la palabra de Dios y la sana teología, pero detenerse allí es negar la palabra de Dios y la sana teología.

---

26 Van Til, op. cit., 155-160.

27 idem., “*La Naturaleza y la Escritura*,” en eds., N. B. Stonehouse y Paul Woolley, *La Palabra Infalible* (Philadelphia, 1946), 255-275.

28 Richard Mouw, “*La Biblia en el Protestantismo del Siglo Veinte: Una Taxonomía Preliminar*,” en eds., Nathan O. Hatch y Mark A. Noll, *La Biblia en América* (Nueva York, y Oxford, 1982), 142-143.

Si hemos de recobrar y mantener la civilización Cristiana, debemos transmitir de generación en generación una vida y una cultura enteramente Cristianas, comenzando con la Biblia; los credos, confesiones y catecismos; y la sana teología, pero moviéndonos desde allí hacia el exterior a todos los rangos de la responsabilidad Cristiana. Esto incluye el compromiso a la ley Bíblica (Mat. 5:17-19); la práctica de la caridad piadosa (1 Cor. 13); obediencia a la autoridad debidamente constituida (Heb. 13:17); la necesidad de la jerarquía patriarcal (1 Cor. 11:3); la responsabilidad, diligencia, fidelidad, valentía y el denuedo Bíblico (Rom. 14:12; Col. 3:22-23; 1 Cor. 4:2; Prov. 28:1); la obligación especial al pobre, el débil, los perseguidos, los huérfanos y las viudas (Gál 2:10; 1 Tes. 5:14; Heb. 13:3; Deut. 26:12-13); y mucho más. Debemos transmitir una disposición total, una vida total, y una religión total a la siguiente generación.

Además, debemos engendrar un respeto saludable por la tradición Cristiana.<sup>29</sup> Desdichadamente, muchos Protestantes se avergüenzan de la noción de tradición debido a su abuso en el Catolicismo Romano y en la Ortodoxia Oriental. Este es un serio error. San Pablo mismo instó a los Cristianos a respetar y a transmitir la tradición piadosa (2 Tes. 2:15; 2 Tim. 2:2). La tradición incluye el sistema total de vida que le legamos a la siguiente generación.<sup>30</sup> Incluye un respeto saludable por nuestros antepasados por cuya mano Dios nos transmitió la misma Fe. Nuestros hijos en el pacto y los adultos prosélitos deben ver que la nuestra no es una religión reciente e innovadora, sino una que comenzó en el Huerto de Edén y que ha recorrido el curso de la historia bajo la continua providencia del Dios trino y soberano. Esta tradición piadosa no es únicamente la herencia de los fieles; es un vehículo fundamental de la misma civilización Cristiana. Es la matriz en la que debe ser mantenida esta civilización. La tradición siempre debe ser juzgada a la luz de la palabra infalible de Dios. Sin embargo, es inevitable la tradición de algún tipo. Entonces que sea la tradición de la fidelidad a las Escrituras, a los grandes credos de la iglesia y a nuestra gloriosa herencia Cristiana. Es la religión Cristiana en su totalidad la que subyace a la civilización Cristiana.

### **Conclusión**

La civilización Cristiana no es posible sobre la base de la moderna versión individualista de la vida. Es posible únicamente sobre el fundamento de una versión pactal de la vida. Esto quiere decir religión hereditaria, transmitir un sistema total de creencia y práctica Cristiana ortodoxa de generación en generación. El Cristianismo no es algo poco sistemático, y resiste un reduccionismo que le conferiría nada más que un rol secundario en la vida. Por tanto, cualquier versión del Cristianismo que tenga la esperanza de crear y mantener una civilización no puede permitirse el ofrecer algo menos que un sistema Bíblico total de vida que se transmita de generación en generación. Esto es religión hereditaria, y es el único tipo que puede sustentar una civilización Cristiana.

---

<sup>29</sup> Andrew Sandlin, "Un Enfoque Presuposicional a la Tradición Eclesiástica," Diario de la Reconstrucción Cristiana, Vol. 14, No. 2 [Primavera 1997], 23-49.

<sup>30</sup> Así, Philip Schaff: "Para que la Escritura pueda ser tomada como la fuente y medida exclusiva de la verdad Cristiana, es necesario que la fe en Cristo, de la cual testificamos, esté ya a la mano, que su contenido haya sido hecho vida en el corazón por el poder del Espíritu Santo acompañando a la palabra y a la iglesia. Y así, todo se convierte en la constitución particular de esta fe." *El Principio del Protestantismo* (Filadelfia y Boston, 1964), 79.

---